

LA MUJER EN LA ÉPOCA DE MARÍA RAFOLS

por

FERNANDO SOLSONA

I

Frente al País Vasco, que supone una mitología ancestral de resonancia matriarcal y naturalista clara, y frente a Galicia, que ofrece un trasfondo mítico de significación matriarcal-femenina, que se manifiestan por el aquelarre y las meigas respectivamente, resaltando la importancia de la mujer y sus poderes y virtudes, frente a ellos –afirma el antropólogo Ortiz Osés– la cultura aragonesa ofrece síntomas claros de patriarcalismo, en la que los valores vigentes son claramente masculinos (no tanto, a mi entender): lo recio y la reciedumbre, la dureza ante la adversidad, la sequedad, la hondura, la terquedad. Sigue en su afirmación Ortiz Osés¹ señalando el predominio que estos valores tienen sobre los femeninos como la blandura, la suavidad, el refinamiento.

En mi opinión, las cosas no son así. En Aragón existe una verdadera compartición de lo masculino y lo femenino. Lo femenino permanece adaptado o subordinado a lo masculino, pero complementándolo, en muchas ocasiones, suplementándolo siempre que sea necesario, y aflorando el papel de la mujer de modo total en la viudedad, en largas ausencias del marido o en otras situaciones graves de supervivencia que así lo exijan. Precisamente, en la guerra de la Independencia, las mujeres desempeñaron un glorioso papel.

El patriarcalismo aragonés no es, pues, absolutista como el andaluz o el norteafricano, ni tecnocrático. El derecho aragonés ha contribuido a que podamos entrever ese pretendido patriarcalismo. La dureza de la geografía, del clima y de la historia de Aragón han elaborado las actitudes de sus pobladores y también su talante (ejemplos cimeros de Benedicto XIII, Serveto, Goya,

1. ORTIZ OSÉS, A., Voz "Antropología aragonesa" en *Gran Enciclopedia Aragonesa*, tomo I, p. 206, Unali ed. Zaragoza, 1980.

Cajal). Acaso sean la entereza y el gusto por la esencia de las cosas donde las representaciones plásticas asignan a la mujer un papel fundamental. El universal Pablo Gargallo, en su penetración por la esencia de las cosas, llega a obtener una escultura extraordinariamente hermosa, la “Maternidad”², en donde la mama, emblema de la personalidad de la mujer, invierte su forma figurativa convexa por su representación cóncava, trascendiendo así ser lo más entrañado en la vida de la mujer; la mama, esencia del cuerpo y del alma de la mujer, está representada por el vacío, sublimación de la esencia. En el cuadro de Balasanz titulado “Palafox pasa revista a las tropas de Zaragoza”, de casi cinco metros de longitud, la entereza se presenta en forma de mujer; en efecto, abajo y a la derecha del cuadro, una mujer, acompañada de su hijo, muchacho de doce o trece años ve con dolor, pero con absoluta entereza, el desolador cuadro que ante sus ojos se extiende; pocas representaciones ganan en hondura, cuando se quiere describir la Inmortal Ciudad, como ésta de la mujer que contempla la tragedia.

II

La mujer en Zaragoza —señala Castelar— tiene caracteres que dependen principalmente del estado social y de las leyes civiles. En ninguna región posee la mujer, por sus leyes, tanta soberanía como en Aragón. En cualquier otra parte, la mujer podrá ser más querida o adulada; en ninguna posee esa soberanía verdadera como entre los zaragozanos. La zaragozana, a diferencia del resto de las españolas, al menos en los siglos XVIII y XIX, se parece a su vecina, la francesa, en que participa de los negocios, coopera a la administración, preside los trabajos, alcanza y allega ideas definidas y justas satisfacciones para la igualdad social de los sexos. La autoridad en los negocios tiene tal carácter, que convierte a las mujeres en hombres. La aragonesa, en general, y la zaragozana en particular, es, en sus afectos, de tal fuerza y constancia, que tiene algo de varonil, indudablemente; llamaba la atención de Castelar el hecho de que en Aragón las mujeres acompañasen el cadáver de los suyos al cementerio³.

Rara vez se encuentra una legislación a la mujer tan favorable como en la aragonesa. Las cualidades morales de un pueblo se explican por las cualidades de sus mujeres, musas del arte, maestras de la vida. El mismo amor a la

2. Bronce de 32 x 18 x 18 cm. Ejemplar existente en el Museo Pablo Gargallo de Zaragoza.

3. CASTELLAR, E., *La mujer en Zaragoza*, tomo II, p. 530.

Virgen del Pilar representa el culto de una raza vigorosa a la ternura, a la delicadeza, a la piedad, sin que, por ello, sufra la tradicional áspera corteza del aragonés.

La venida de los bárbaros, el pundonor de los tiempos caballerescos, el renacimiento de la Naturaleza en la Edad Media, exaltaron la mujer hasta convertirla en rosa adorable. En este movimiento hacia la rehabilitación de la mujer se gestó aquella legislación foral donde la madre tenía ciertas preeminencias dignas de ella y necesarias a las culturas de los pueblos; así podremos explicarnos lo que la viuda representa en la legislación y en la sociedad aragonesas. Los hijos no heredan el patrimonio en el momento de la muerte del padre. La madre queda con todo y lo disfruta y administra como si el marido estuviera presente. La viuda vive del respeto universal y la viudedad representa eminentísima posición social. Para la viuda no hay otro placer que sus negocios, ni otro cuidado que su familia, ni otra atención que su casa, lo que da vigor en la vida y exige austeridad en las costumbres. El espíritu de orden, armonía y sobriedad, que preside el cuidado de su hogar lo extiende la mujer a la dirección de sus propiedades, de su industria o de su comercio.

En sus viajes por Europa, Castelar recordaba Aragón cuando oía quejarse de la inferioridad de la mujer en todas las legislaciones; y cuando en el viejo continente se suspiraba por los derechos de la mujer, respondía Castelar que muchas de esas ventajas ya las tenía la mujer aragonesa desde hacía siglos.

III

Para comprender cuánta energía guarda el corazón de las aragonesas hay que analizar los Sitios de Zaragoza. Las zaragozanas, superando su naturaleza y su sensibilidad, lucharon con denuedo. En cada batalla, que lo era en cada calle, se vieron aparecer mujeres sobrenaturales que no solamente excitaban al combate sino que ellas mismas combatían con singular heroísmo, que ayudaban, socorrían y hospedaban, que cuidaban hasta extenuación a los heridos. La mujer zaragozana aparece ensalzada por escritores de la talla de Walter Scott, Enrique Allen, Ricardo Waughan, Lord Byron (éste en su hermoso poema "Childe Harold").

Los móviles para la lucha de nuestra mujeres fueron todos notabilísimos: el patriotismo, la religiosidad, los puros afectos, la solidaridad. En ella participaron tanto heroínas del pueblo (María Agustín, garrida moza de la parroquia de San Pablo, como se aprecia en el grabado de Gálvez y Brambilla; Casta Álvarez, no menos espléndida en su presencia, como nos muestra Marcelino

de Unceta en su retrato; Manuela Sancho, robusta, vigorosa, de aventajada estatura, respetada por todos los artilleros de la plaza; Josefa Vicente, mujer de Mariano Cerezo; Rita López, Benita Portolés, Juliana Larena, María Lostal, la ropavejera Estefanía López, la mujer del labrador Foj, la del Santo Cristo, de la cual la historia ni su nombre nos ha legado, las hermanas Clara y Engracia D'Alzu, María Artigas, tatarabuela de mi padre), como heroínas de la nobleza (Consolación Azlor y Villavicencio, condesa de Bureta; su hermana Josefa, marquesa viuda de Ayerbe; María Manuela Pignatelli, duquesa de Villahermosa; la guapísima Teresa Villalpando; la muy inteligente, destacada publicista, Josefa Amar y Borbón). Con todas ellas, María Rafols Bruna y las veinte monjas que le acompañaban, "mártires de la caridad y de la patria"⁴.

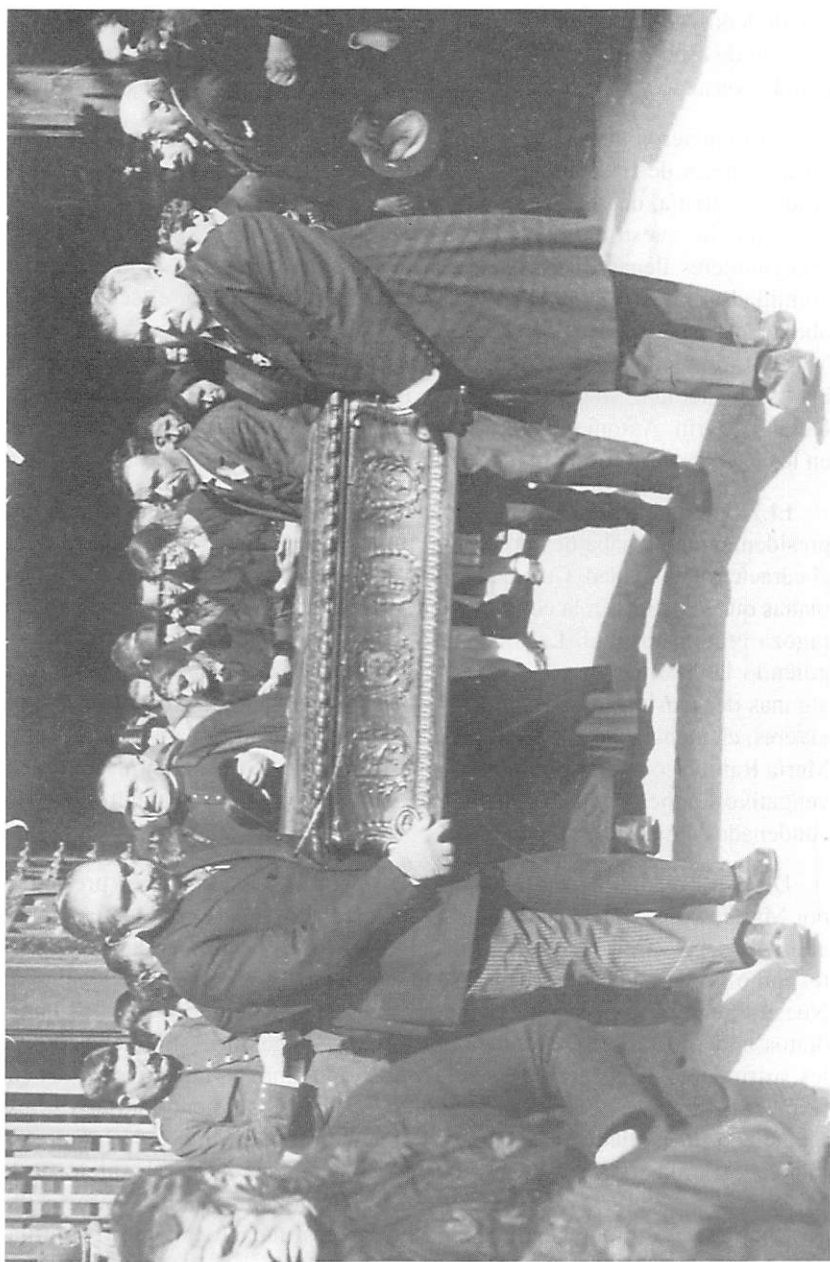
IV

En 5 de noviembre de 1781, nació, en el Molino d'en Rovira de Villafranca del Penedés, María Rafols Bruna. Por aquellos tiempos en la Corte habían hecho ya su aparición "los hielos y las escarchas de la impiedad" y la tradicional vida cristiana del pueblo se socavaba en sus cimientos. Vicente de la Fuente comenta cómo se comportaba la generalidad del pueblo español que así permaneció, al menos, hasta comienzos del siglo XIX: misa de alba, consagración a Dios del menestral, acción de gracias al Creador después de las comidas, los labradores de la redolada se descubrían cuando las campanas de la iglesias anunciaban la Elevación, se portaba el escapulario, se rezaba el rosario y, en las calles, las farolas permanecían encendidas delante de las imágenes de la Virgen. En contraste con los ministros de Carlos III y las clases dirigentes, en el hogar cristiano había respeto, fe, entusiasmo religioso, público homenaje a la Religión y a niveles populares existía una organización de la caridad. En resumen, como en tantos momentos de la vida española, pueblo y clases superiores se encontraban en posiciones opuestas.

El colosal orador sagrado P. Calasanz⁵ empleaba la metáfora de que, cuando no llueve en las cumbres, se secan las fuentes de las laderas, se agotan los manantiales de la caridad. Por ello, la Providencia había permitido que surgiesen las Hijas de San Vicente de Paúl o las Heroínas del Beato Grignon de Monfort. Del seno del pueblo han de salir, en estos momentos, las mujeres fuertes y admirables que "con vuelo de águila y arrullo de paloma, con cora-

4. P. CALASANZ RABAZA, *Religión y Patria*, oración fúnebre en la Iglesia de S. Pablo de Zaragoza el 4 de agosto de 1908.

5. Véase el libro *Heroísmo y santidad*, p. 6. Tipog. Gimeno, Valencia, 1926.



Traslado de los restos de Madre Rafols el 20 - X - 1925.

zón de león y alma de cordero, con la ternura de María y la solicitud de Marta”, han de estar junto al dolor y han de permanecer junto a la tragedia derramando consuelo y esperanza.

Así lo hicieron la Madre Rafols Bruna y sus monjas en los Sitios de Zaragoza; mujeres de fe sencilla, firme, profunda, sin titubeos; devotas de la Sagrada Eucaristía, del Corazón de Jesús, de la pasión de Cristo y de la Virgen como nos lo muestra el que su primera visita, al llegar a Zaragoza, fuese el Pilar; mujeres llenas de esperanza, ardientes en su caridad, en las que toda humildad y mortificación tenían su asiento; con la pobreza, el sentido de la obediencia y la castidad que son de suponer en todas religiosas. Así lo fueron María Rafols y aquellas primeras monjas que le acompañaban y cuyos nombres se recuerdan: Magdalena Hecho, Raimunda Oliver, Manuela Manzano, Dolores Marín, Antonia Pined y otras que murieron en la propia francesada o en los años posteriores, la mayor parte muy jóvenes.

El 28 de diciembre de 1804 llegaban a Zaragoza doce religiosas con una presidenta que actuaba de superiora. Pronto se integrarían en el espíritu y en el carácter de la ciudad. Cuando comienza la francesada son veinte ya las hermanas que constituyen la comunidad del Hospital Provincial. Pero pronto Zaragoza era un hospital. La misión de todas fue curar, aliviar, consolar (siguiendo las normas de toda actividad médica, como Fonsagrives enseñará algunas décadas más tarde), ayudar, sufrir y mendigar; sí, así fue, mendigar víveres, clemencia y compasión para sus pobres enfermos, para lo cual Madre María Rafols con serena intrepidez y caridad ardiente pide al inmisericorde y vengativo Lannes comida y medicinas para sus enfermos e indulto para los condenados a muerte.

Desde el mismo día de 1804 en que llegan las doce mujeres presididas por María Rafols (que pasaría más tarde a llamarse superiora) toda la vida de ellas, larga en varias (la misma fundadora), pero muy corta en la mayor parte, como puede comprobarse en las lápidas de la cripta del actual Hospital de Nuestra Señora de Gracia, pues murieron en la propia guerra o en los inmediatos años posteriores, víctimas del brutal y sostenido esfuerzo físico, de los sufrimientos, del sacrificio, que incluía el hambre en beneficio de los enfermos, toda su vida fue un continuo “desvivirse”, acudiendo, una vez desmantelado, incendiado y en ruinas el Hospital de Gracia, a todo lugar, Audiencia, Lonja, Casa de la Ciudad, iglesias y conventos, Hospicio de la Misericordia, al inmenso hospital que fue Zaragoza toda. Enfermeras calladas, mártires sublimes, acariciando heridas profundas o miembros mutilados, soportando infecciones, hedores, vómitos, delirios, agonías de sus semejantes. Y todo el trabajo fue llevado a cabo en la oscuridad, en el silencio, en la sobriedad.

En resumen: la Madre Rafols representa no sólo la selecta gavilla de Hermanas de la Caridad, que preside y dirige; es la sublimación de la mujer española de su tiempo en la que se entranan y suman las virtudes de la mujer aragonesa, mujer del pueblo de finales del siglo XVIII, de fe firme, robusta, de generosidad sin límite, portadora del espíritu que resumieron bien el historiador Vicente de la Fuente o el orador sagrado escolapio Calasanz Rabaza. Madre Rafols y las hermanas que le acompañaban asimilaron pronto el talante de las zaragozanas, que darían una lección al mundo, que hoy, cuando faltan escasamente tres lustros para el segundo centenario de los Sitios de Zaragoza, sigue siendo norte y luminaria.